

escribirte bastante á menudo. Me ha asombrado que no la sepa y esto me prueba, no sólo que no te escribe sino que tú guardas para él el mismo silencio. En fin como esta es una demanda que muestra sus buenos sentimientos, le he dado gusto. He ahí, pues, un enredillo que pasa al estado de leyenda.

Mi vida no es tan triste como la de ayer. No me encuentro tan solo, salgo un poco más, en fin, soy más activo y menos soñador. Creo que los malos tiempos acabaron para mí. Se aproxima el mes de septiembre, mes durante el cual espero verte en París: por otra parte Cézanne puede venir y nuestro trío resultará completo. He tomado una firme resolución que te diré cuando la haya puesto en práctica.

Chaillan te saluda. Debe hacer mi retrato, desnudo, con poca ropa, sosteniendo una lira antigua y con los ojos fijos en el cielo. Me preparo á reír á carcajadas. Me propones escribirme una carta sobre el estilo; la acepto con toda mi alma, y te la suplico tanto más cuanto que estas cuestiones son sobre las que más tiempo he soñado. Entretanto, brota tú de la gracia, como dice Cézanne: bebe, fuma, ríe y todo será para el mayor bien del mejor de los mundos posibles. Te estrecho la mano. Mis recuerdos á tus padres.

Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Esta carta está completamente enredada; tanto peor. Había preparado un nuevo artículo sobre el amor, te lo enviaré más tarde.

UNIVERSIDAD DE NUBIA  
BIBLIOTECA UNIV.  
"ALFONSO R."  
Apdo. 1025 MONTECALI

XI

París, 10 junio 1861.

Mi querido amigo:

Sufro desde hace algunos dias un rudo ataque de *spleen*. Esta enfermedad ofrece en mí dos caracteres

singulares. Abatimiento mezclado de inquietud, sufrimiento físico y moral. Todo me parece cubierto por un velo negro; no estoy bien en ninguna parte; yo exagero tanto el dolor como la alegría, á más de una indiferencia casi completa por el bien y por el mal, mi vista turbada es incapaz de juzgar. Y en fin un fastidio inconmensurable decolora y desflora todas mis sensaciones; un fastidio que me sigue por todas partes, haciendo mi vida pesada, anulando el pasado y soliviantando el porvenir. Cuanto más avanzo más claramente veo mi malaventurada posición. Resuelto á hacer cualquier trabajo para vivir, no encuentro este trabajo. No basta el dolor de haber dicho adiós á la vida que yo soñaba, falta todavía que la realidad no se burle de mí cuando me someto á ella. ¡Pobre pájaro que consentirá en dejarse cortar las alas, y que, cumplido el sacrificio, vacilará sobre sus patas y no podrá marchar! ¡Además, si encontrase un empleo, un camino de travesía para llegar á mi fin! ¡Cuántos obstáculos hay que vencer en esta lucha diaria! Desempeñar su papel de máquina, trabajar durante el día por el pan, y después, en los momentos perdidos, volver á la Musa, trabajar por crearse un nombre literario, es, en verdad el sueño más irrealizable que he podido tener! Confesaré, sin embargo, que no es esta existencia de lucha sorda la que me horroriza. Mi tormento diario lo produce el ver que hasta aquí fueron vanos mis esfuerzos; decidido á aceptar la primera plaza vacante, tiemblo ante la idea de que esta colocación me encierre completamente, que exija todas mis horas hasta aquellas que destino á mi Musa. Este vago temor á lo desconocido me turba, es en cierta manera la causa del *spleen* de que te hablaba hace poco. Se junta á esto no sé qué enfermedad física, sobre la cual no me ha contestado ningún médico de una manera satisfactoria. Mi sistema digestivo está profundamente alterado. A veces me comería un buey, y poco después el alimento me produce

náuseas. Esta enarriedad física obra sobre la moral; sería imposible encontrar un mozo de más fastidiosa compañía que la mía, cuando todo á la vez, mi vientre y el porvenir, me inquietan.

En definitiva, si mi posición debe mejorar algún día—y se hace esperar—no veo con claridad el cielo que ha de hacerme ver el reverso de la medalla. En el fondo mi alegría está siempre latente; una palabra, un gesto, una nonada la hace estallar sonriente y parlotera. Sólo es triste para mí la superficie; si alguna vez el descorazonamiento es más profundo, no persiste mucho tiempo; pronto el menor pensamiento, el menor plan de poema ó de novela me distrae, acaricio este pensamiento, y cuando vuelvo á la realidad lo veo todo de distinta manera; los contornos demasiado agudos se redondean, las fealdades no son tan repugnantes. La veo sin demasiado disgusto y acabamos por estar en buena inteligencia. Y la conclusión es siempre que no debo ser un miserable, que no soy un imbécil, que podré llegar á bastarme solo. Además hago gran provisión de filosofía; leo y releo á Montaigne, hombre de gran sentido, no se pronuncia jamás por tal ó cual secta, antes bien se pronuncia por todas ellas, por el bien que, según su observación, existe en cada una, y posee en cierto modo una filosofía esencia de todas las filosofías. Yo me deleito mucho con él. Me enseña multitud de cosas, me consuela y me conforta siempre, en fin, me hace soportar mis penas con una sonrisa, y aceptar mis alegrías sin entusiasmos insensatos. Es el hombre que me hacía falta, parte de pedantismo, parte de esas palabras que me intimidan, una razón recta, á veces ridícula, pero siempre elevada. Hasta su estilo, ese viejo estilo francés me subyuga. Yo amo estos modales libres, esta gramática, esta ortografía tan poco estable; yo amo estos giros singulares, pero justos, estas frases mal pulimentadas, contorneadas y extravagantes, pero profundas y siempre verdaderas. En una pa-

labra, soy su discípulo, su ferviente admirador, y bueno es por lo menos que le conceda mi amor cuando él me da su entereza y su alegría.

A decir verdad no sé bien cuál será el resultado de los meses que transcurren. Si no tuviera á mi madre habría entrado en el ejército. No te figures que sea este un pensamiento de niño nacido en una hora de tristeza; es simplemente la conclusión de lo que me ha sucedido en ideas y en hechos desde hace un año. Como no oso hablar de esto á mi familia, continúo en mi tarea de buscar un empleo. Te lo he repetido á menudo: un trabajo para vivir que me consienta dedicarme á la literatura es lo que me hace falta encontrar; este es el eje sobre el cual debe girar mi existencia, el fin que persigo ya riendo, ya llorando. Veo á Cézanne rara vez. ¡Ya lo ves! Esto no es como en Aix cuando teníamos diez y ocho años, estábamos libres y sin inquietarnos por el porvenir. Las exigencias de la vida, el trabajo separado, nos alejan ahora. Por la mañana Pablo va á casa de Suisse; yo me quedo escribiendo en mi cuarto. Almorzamos á las once cada cual por nuestro lado. A veces á medio día voy á buscarle y entonces trabaja en mi retrato. Después se va á dibujar el resto del día á casa de Ville-vieille; cena, se acuesta temprano y no le veo más. ¿Y es esto lo que tanto había esperado?—Pablo es siempre el excelente y extravagante muchacho que conocí en el colegio. Para probarte que no ha perdido nada de su originalidad no tengo más que decirte que apenas llegó aquí ya hablaba de volver; ¡haber luchado tres años para su viaje é inquietarse en cierto modo por una paja! Con tal carácter, ante cambios de conducta tan poco previstos y razonables, confieso que quedo mudo y reniego de mi lógica. Intentar probar alguna cosa á Cézanne, sería querer persuadir á las torres de Nuestra Señora á ejecutar un rigodón. Probablemente dirá que sí; pero no variará una línea. Y observa que la edad ha desarrollado en él la terque-

dad, sin darle motivos razonables para obstinarse. Está hecho de una sola pieza, raído y duro á la mano; nada le place, nada puede arrancarle una concesión. No quiere discutir nunca lo que piensa y tiene horror á la discusión, en primer lugar porque hablar le fatiga y luego porque la haría cambiar de opinión si su adversario tuviese razón. Hele aquí, pues, lanzado en la vida, llevando ciertas ideas, no queriéndolas cambiar más que por su propio juicio; además continúa siendo el mejor muchacho del mundo, decididor siempre, efecto de su horror por la discusión, pero no por eso pensando menos según su cabeza pequeña. Cuando sus labios dicen que sí, la mayor parte de las veces sus juicios dicen que no. Si por casualidad aventura una opinión contraria y se la discute se arrebatá negándose á examinar y te grita que no entiendes nada de la cuestión y pasa á otra cosa. ¿Vais, pues, á discutir—qué digo—sólo á conversar con un mozo de este temple? No ganaréis ni una línea y saldréis del paso por haber observado un carácter fuerte y singular. Yo había esperado que la edad le modificase algún tanto; pero le he encontrado tal y como le dejé. Mi plan de conducta es bien sencillo: no contradecir nunca su capricho; darle indirectamente todos los consejos posibles; remitirme á su buena naturaleza para la continuación de nuestra amistad, y no forzar jamás su mano á estrechar la mía; en una palabra; eclipsarme completamente, acogiéndole siempre con alegría, buscándole sin importunarle y acomodándome á sus gustos para la mayor ó menor infimidad que él desee entre nosotros. Es probable que mi lenguaje te asombre, y, á pesar de todo, es lógico. Pablo es siempre para mí un buen corazón; un amigo que sabe comprenderme y apreciarme. Solo que como cada uno tiene su naturaleza, debo conformarme á sus humores, por sagacidad, si no quiero hacer volar su amistad. Probablemente emplearía los razonamientos para conservar la tuya; con él se echaría to-

do á perder. No creo que exista ninguna nube entre nosotros; estamos siempre muy unidos y cuanto acabo de decirte, viene bastante mal á propósito de circunstancias fortuitas que nos separan más de lo que yo querría.

Tengo una verdadera indigestión de alejandrinos. El poema *La Aérea* que acabo de terminar tiene cerca de mil doscientos versos. No puedes figurarte el efecto que me causa el trabajo acabado; es algo así como una laxitud mezclada de desencanto. Aborrezco la escritura; mi sueño, una vez trasladado al papel, no es á mis ojos más que una rapsodia. ¡Ah! que es preferible tumbarse sobre el musgo, y allí, desarrollar todo un poema con el pensamiento, acariciar las diversas situaciones sin pintarlas por tal ó cual palabra! ¡Que este relato, á los concursos vagos, que el espíritu se hace á sí mismo, le eleva sobre el relato frío y detenido que hace la pluma á los lectores. En el uno, la idea reina sola, ligera y luminosa; en el otro, la materia pesa sobre las alas del poeta y disputa el espacio á su vuelo. Por desgracia hay que hacerse entender y desde entonces, es necesario escribir; hay pocos poetas suficientemente juiciosos para consentir no ser poetas más que para ellos mismos; y por lo tanto este es el solo medio de conservar la poesía fresca y graciosa. La materia; he ahí lo que mata, he ahí la eternal antagonista de la idea, la que pone freno á toda inspiración. Un período de doce sílabas, cortado en dos miembros iguales por una cesura y además terminada por una rima; tal es el verso, tal la herramienta dada al poeta, siempre la misma, para expresar todas las armonías posibles, la cargada y el sollozo, los rumores de los mares, de los vientos y de las selvas. Cierto; la materia es ingrata, la lira no tiene más que una cuerda, ¡y qué habilidad se necesita para sacar de ella diversidad de sonos! La escuela romántica, que se ha atrevido á todo, no ha aumentado ni disminuido, sin embargo, el número de

sílabas de un alejandrino. Es decir, que nadie se atreverá jamás y mucho menos yo que otro. Cuanto á la cesura ha sido horriblemente maltratada por dicha escuela. Ellos se alaban, cuál al principio cuál al fin del verso; la dignidad no se la ve más que raramente en ciertas obras de Musset, las mejores precisamente, donde él reinaba desde algunos siglos. El verso nacido de estas travesurillas, cortado, y no marchando más que por sacudidas, ha tenido su tiempo y sus aplausos; pero será torpeza quererlo hacer revivir; se merecería, con justo título, el reproche de imitación servil, se haría una nueva edición de una singularidad, que no por ser original es ciertamente de menos pésimo gusto. Lo que se soporta en los escritores de 1830, en gracia al poderoso impulso que imprimieron á la literatura, se censuraría en un poeta de nuestros días. Aquellos versos tienen por excusa el acta de su nacimiento; pues se le perdona á un autor que ha hecho sus pruebas en otra parte y en un día de capricho parece decir al público: «Te hago versos malos, pero podría hacerlos buenos si quisiera.» El estudio de los románticos es seguramente uno de los más importantes para los grandes poetas. Ellos han sembrado los gérmenes del porvenir; sólo cuando luchaban contra otro principio eran exagerados. Los clásicos observaron con rígida exactitud la cesura que cortaba matemáticamente sus versos y producía al oído el ruido monótono de seis sílabas, reproducido en toda la duración de una obra; falta añadir para comprender bien este efecto, la ausencia completa de innovaciones. La escuela joven, impacientada por tan pesada música, se levanta en masa y rompe por todo; entonces cae un verdadero diluvio de versos desnaturalizados, se abole la cesura y se proclama el reinado de la innovación. Extravagante manifestación, completamente viciosa para los poetas sin talento, pero que adquiere una marcha decidida y original, cuando la produce un Musset. ¿Qué hará, pues, el poeta de

estos tiempos, ante los clásicos tan pesados y los románticos que frisan en el mal gusto? Evidentemente, se colocará en el justo medio y cambiará la cesura cuando la idea lo pida y cuando la armonía gane lejos de perder; empleará la innovación sobriamente, sobre todo, no la empleará sin razón, sino como La Fontaine para producir un efecto de estilo. Tales son mis opiniones sobre la innovación y la cesura.—Si paso ahora á la rima, confesaré que en un verso es lo que menos me inquieta; lo tomo como viene; rico, arrogante, ramplón, me es igual; es una rima y es cuanto me hace falta. Prefiero una palabra naturalmente emanada del pensamiento y rimando con naturalidad, á una palabra que rime bien y que no esté muy en consonancia con el pensamiento. Por otra parte, no me he explicado jamás la religión de la rima pomposa. Se alega como disculpa, yo lo creo así, la armonía que da el verso, pero bien considerado esto es un grosero error; Víctor Hugo, que ha perdido la cesura, según el espíritu de las buenas gentes, no se ha dado cuenta de que proclamando las excelencias de la rima pomposa, ha creado una nueva cesura, mucho más tiránica y monótona. Nada en efecto, adormece tanto al espíritu como la repetición de dos ó tres sílabas idénticas. Yo tomaría por ejemplo la obra de este poeta titulada *Navarin*. Recordarás, sin duda, los ligeros versos: «Dónde están, muchachos de Caire...» ¿Se llama á eso armonía? Para mí no es más que una sucesión de los mismos sonidos, un canto monótono, muy á propósito para mecer en la cuna á un niño. Además es completamente falso eso de que resida la música de un verso en la última sílaba; creo que las once restantes tienen el derecho de reclamar. Para acabar: si se me preguntase de qué depende la armonía de los versos, respondería: Desde luego de la coordinación de las sílabas, largas y breves, abiertas ó cerradas, y después de la colocación hábil de la cesura: en fin, de las renovaciones que se permite uno

en el desarrollo. No quiero decir con esto que la rima sea inútil y que importe poco que exista; al contrario, reconozco su necesidad; sin ella, no existiría el verso. Pero lo que me exaspera, es ver á poetas, hombres de genio por otra parte, echar mano de un ripio para tener el placer de rimar sonoramente ¡Eh! caballeros, rimad sonoramente, si así os place, pero cuando vuestro pensamiento lo requiera; más cuando la rima os obligue á separaros de vuestro pensamiento por obedecer á la armonía que no está en vuestros cerebros, rimad ramplonamente. Es posible que se me diga, que yo grito contra las rimas sonoras porque no tengo más que ramplonas á mi servicio. Si mis razones no te parecen suficientemente buenas piensa lo que quieras. Tengo un santo horror al ripio; es según mi opinión la lepra que roe los versos. Un verso es malo si oculta un ripio. Esta feísima cosa no se presenta siempre bajo el aspecto de un adjetivo malhadado; algunas veces un epíteto bien escogido no es más que un ripio afortunado; otras, se disimula bajo las apariencias de un hemistiquio, de un verso entero. En estos dos casos, sobre todo, es cuando más lo detesto, tanto más cuanto que escapa á la multitud que no puede señalarlo con el dedo, ni hacerlo silbar; pero si éste no se presenta claramente á sus ojos, se le siente; el verso es flojo, pesado, hay prolijidad en el asunto, nada se destaca y todo os grita: ¡Ripio! ¡Ripio! ¡Ripio! Y me irrita todavía más, cuando, para hacerlo soportable, se elige alguna bonita palabreja que no significa nada, pero tras de la cual no se tiene el valor de gritar, tan cenceña é insignificante es. Tales son los epítetos, florido, frío, perfumado, etc., etc. Podrás figurarte después de lo dicho que mis versos están libres de todo ripio. ¡Ay, amigo mío; te equivocas! Mi verso ideal es sobrio, nervioso, sin excluir la soltura; pero ¡cuán ampuloso y lleno de afectación es todavía mi modo de componer! —Quería darte mis opiniones sobre la forma poética;

pero me veo obligado á detenerme antes de llegar al fin y tras de haber omitido una multitud de cosas, temeroso de no tener papel bastante.

Guardas un silencio algún tanto egipciaco. El trabajo te agobia, es verdad; pero olvidas que tienes amigos en París á quienes podría inquietar tu falta de salud. Después de mi última epístola te he escrito tres cartas; una de ocho páginas contestándote á las sospechas que el señor Cézanne había tenido sobre nosotros; las otras dos algo más breves; en ellas escribía Pablo algunas líneas. Las tres te las dirigí á casa del señor de Baltini. Como tu silencio pudiera hacerme creer que nuestro intermediario es infiel, te envío ésta á casa de tus padres seguro de que llegará á tus manos. Por otra parte, aunque no hayas recibido mis cartas no es ésta una razón para guardar silencio durante dos meses. Así, pues, venga pronto una carta que me tranquilice sobre tu salud y me dé noticias de tu trabajo. Dime también si recibiste mis tres cartas. No te escribiré hasta después de tu contestación. —Valor.—Mis respetos á tus padres.

Te estrecha la mano tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Pablo está en el campo en casa del señor Villevielle desde el viernes.—Tomo á mi cargo decirte que te estrecha la mano.—Como pudieras haber olvidado mi dirección desde la última vez que me escribiste, te la repito: Calle de Lacépède, 3.

## XII

París, 15 junio 1860.

Mi querido Baille:

Acabo de leer á Andrés Chénier. Me prometiste una carta sobre el estilo—carta que veré sabe Dios cuándo, —y esperando conocer tus ideas sobre el particular, voy á comunicarte mi manera de ver con respecto

á este poeta. Bien entendido que Chénier está excluido, que reconozco toda la gracia de sus versos, que me inclino ante su genio. No quiero hacerte una crítica de sus poesías; te diré lo que habrás leído en todas partes; te lo repito: sólo pretendo darte á conocer las reflexiones generales que hice leyéndole.

Chénier tiene poesías, idilios, elegías.

Entre sus poemas, el único que fué terminado es aquel de *La Invención*. Rara extravagancia: este hombre de ingenio que pasa su juventud estudiando á los antiguos para imitarlos, es llevado como á la fuerza á revolverse contra los imitadores. Es que no se es impunemente un gran hombre, es que el verdadero poeta, después de ser inspirado en su juventud por un modelo cualquiera, acaba por querer, y por marchar solo. Es verdad que Chénier no sacude el yugo por completo. El no lo osa, probablemente no quiere intentarlo; esta antigüedad que le parece tan bella, cuyas producciones le resultaban tan dulces á los labios, estos estudios de toda su infancia, este Homero, este Virgilio sobre los cuales ha pasado tantas veladas, persisten en él, no puede decidirse á no imitarlos y á darles un último adiós. ¿Qué hace entonces? Conciliar su amor á Grecia y su genio que se subleva, guardando la forma y el estilo antiguos y expresando en ellos ideas modernas. El consagra su plan en este verso famoso de su poema:

Hagamos versos clásicos con pensamientos nuevos.

Comprendo perfectamente una cosa; un poeta que no ha producido todavía nada, siente agitarse en él un mundo de pensamientos; sólo que para fijar sus ideas, todavía vagas, le falta una forma, un estilo digno de ellas; si el joven poeta ha hecho sus estudios clásicos, la mitología pagana, los dioses de Homero y de Virgilio se presentarán los primeros. Ved, no un estilo precisamente, pero sí materiales para embe-

lecer un estilo. El viento no será más que Céfito, el ruiseñor Filomela, etc., etc. En seguida, toda la procesión de alusiones: los semidioses, las náyades, los sátiros, ¿qué sé yo? Ved entonces una forma: tened genio como Andrés Chénier y se dirá que vuestros versos tienen un suave perfume de antigüedad. En verdad que nadie será lo bastante loco para resucitar estas viejas fábulas; Febo y su Diana no son más que el sol y la luna. Sería cosa de reventar de risa, si alguno se atreviere á hacer revivir estos viejos cachivaches. Chénier es el último hombre de talento que ha hablado en este tono, y si me fuese dable expresarme así, diría que no es la antigüedad la que le ha servido sino él el que ha servido á la antigüedad. Su verso es tan gracioso, que le perdono todas las alusiones posibles, hasta aquellas que no comprendo, yo, el ignorante, yo que no he escuchado hablar de Virgilio más que para decir que sí. Probablemente piensas, mi querido amigo, que hago aquí un proceso á los clásicos para exaltar en seguida á los románticos. Estás muy engañado, y he aquí parte de la nueva escuela: á menudo te has representado un poeta buscando una forma para expresar sus ideas y tomando la poesía de Homero para animar sus cuadros. Vé ahora á otro joven inspirado; lejos de ser un Homero es un Ossian el que cae en tu mano. Es joven, la novedad le atrae; esta poesía vaga del bardo, estas graciosas leyendas del Norte, estas hadas, estas sílfides, estos diablillos caseros le cautivan. Vé ahí lo que buscabas: un colorista por su estilo, un maravilloso por sus poemas. Este joven viene á ser entonces un romántico, de la misma manera que el otro se llamó clásico. No tiene más que un mérito sobre el último y es que su mitología no es tan antigua; es decir, todavía no es conocida, usada y rebatida. Los dos Parnasos, cada cual por su estilo, son encantadores; el que lo negare estaría loco. Sólo que se ha abusado tanto del uno, que cualquiera que se respete no ha-

blará más de él, mientras que el otro está cubierto todavía por una verdura asaz fresca.—Me objetarás que éste no es el estilo, que te hablo de maravilloso, de alusiones, de imágenes, de descripciones. ¡Eh! ¿En qué consiste el estilo sino en esto, principalmente para los poetas? Más de una vez te lo he dicho: el que quiere expresar lo que piensa, no tiene necesidad más que de una mitología. En ella, encontrará mil imágenes para dar relieve á su pensamiento y junto con esto, lo maravilloso, ese gran resorte poético, etcétera, etc. Hablas siempre de los poetas. Puedo equivocarme, pero después de una lectura, sea de Homero, sea de Ossian, un hombre de un talento mediocre, si escribe, tendrá una especie de estilo, gracias al plagio de los poetas que acaba de leer. Y sé que este color de que hablo, sacado de las fuentes paganas, no está todo en el estilo; que no es más que el barniz y que el fondo es por otra parte muy importante. Pero este fondo, así lo entiendo, nace con nosotros, es un don de la naturaleza, que el estudio, es verdad, desarrolla y bonifica. Cada cual tiene su estilo como tiene su caligrafía, pero los ornamentos pertenecen á todos. El genio sabe hacerlo aceptar todo: las náyades de Homero, como las ondinas de Ossian.

Entretanto ¿no será más hermoso crear una poesía aparte, sin imitar para nada los cantos de Grecia y los del bardo del Norte, y dejar á las inspiraciones del alma expansionarse libremente en los versos, sin hacer intervenir para nada á las sílfides y á las ninfas? Ciertamente: una poesía que no hablase ni de Febo, ni de Febea, que no se pasmase como esta de nuestros días delante de un ruiseñor ó de un claro de luna, una poesía fuerte y amante será lo sublime del arte. El hombre de genio que se eleve un día y diga:

Hagamos versos clásicos con pensamientos nuevos.

será aclamado por una muchedumbre, y si no queda debajo de su proyecto, le espera una gloria inmortal.

Volvamos á Chénier. Lo que ha dejado de mejor y más perfecto son sus idilios. Gráciles, satisfacen antes de elevar el alma; es, por otra parte, el género que él quiere. Léelos; estoy seguro de que te causarán gran placer.

Me apresuro á llegar á las elegías, sobre las cuales he reflexionado largo tiempo. Están dedicadas á una amante, Camila, y son pinturas de las alegrías y los dolores del amor. Desde hace mucho tiempo me he prometido hacer cierto estudio, sobre la expresión del amor en los poetas de todos los tiempos. Nada será más curioso que la comparación de Horacio, Petrarca, Molière, Lamartine (en algunas escenas). No quiero nombrarte más que cuatro, bien entendido que cada siglo tendrá su representante.—El modo de amar á una mujer, de hacerle el amor, ha debido ser siempre el mismo, con escasa diferencia. Entiendo que cuando se está cerca de la mujer amada, en todo el mundo, se debe, poco más ó menos, emplear el mismo discurso; y por fuerza este discurso ha debido variar muy poco desde la creación. ¿De dónde viene, pues, que en cada siglo hayan tenido los poetas una manera diferente de hablar á sus bellezas, de hablarles en verso, se entiende? Porque no me imagino que se divirtiesen recitándoles estas pataratas cuando se encontrasen de rodillas. Horacio el epicúreo, no puede amar á su querida, sin rodar sobre el césped, bebiendo vino de Falerno—es desde luego lo más juicioso.—Petrarca parece echarse á volar en cada verso. Con Molière y con todo el siglo de Luis XIV, nace un ajuar de arcos, de flechas, de grilletes, cadenas, ¿qué sé yo? todo un aparato de tortura con el que las bellas proporcionan cruentos tormentos á sus amantes. Cuanto á Lamartine, lloriquea sentimentalmente sobre un lago, toma á la luna y á las estrellas por testigos y se sumerge en la Naturaleza hasta el cuello.—Por lo tanto estos cuatro hombres amaban; ¿hay entonces diferentes maneras de amar? Seguramente no.

Es que ellos obedecen á la moda de su tiempo, probablemente á las costumbres, á las tendencias del siglo en que viven. Ya ves el curioso estudio que podría hacerse, no ya comparando las diversas expresiones, sino encontrando bajo estas expresiones todo un pueblo con todas sus costumbres. Tal vez me equivocaba hace poco cuando aseguraba que en todos los tiempos se han dirigido los mismos discursos á la mujer amada; pero en este caso, admitiendo que en la misma realidad, Horacio fué más material que Petrarca, esto no disminuiría en nada la importancia de este estudio; por el contrario, como acabo de decir, se encontraría en los versos del poeta los hábitos del pueblo que fué su contemporáneo.

Andrés Chénier se resiente un poco del siglo de Luis XIV, y, á más, hace intervenir á Homero y á Virgilio á cada instante. Con todo, prefiero sus elegías á muchas obras bastardas de nuestro tiempo. Como decía hace poco á propósito del estilo en general, sería hermoso crear una expresión del amor sin que entre para nada el pasado. Hacer bellos versos donde sólo hable el alma para pintar sus alegrías y sus tormentos y no vaya á pedir prestadas banales imágenes á lanzar exclamaciones á la naturaleza, etcétera, etc. En una palabra; una poesía amorosa suficientemente digna para no ser ridículo, una poesía que ose uno recitar á los pies de la mujer amada sin el temor de que ella ría á careajadas.

Siendo esta carta esencialmente literaria voy á terminar con la exposición del plan de un pequeño poema que bulle en mi cabeza desde hace más de tres años. El título es *La cadena de los seres*. Tendrá tres cantos que yo llamaría de buena gana el Pasado, el Presente y el Futuro. El primero (el Pasado) comprenderá la creación sucesiva de los seres hasta la del hombre. En él serán contados todos los trastornos sobrevenidos al globo; todo lo que la geología nos enseña sobre los campos destruidos, acerca de los

animales embutidos hoy en sus ruinas. El segundo canto (el Presente) tomará á la humanidad en su nacimiento, en la edad salvaje, y le llevará hasta estos tiempos de civilización; lo que la fisiología nos enseña del hombre físico y lo que del hombre moral nos da á conocer la filosofía, entrará en resumen por lo menos, en esta parte. En fin, el tercero y último canto (el Futuro) será una magnífica divagación. Basándose en que la obra de Dios no ha hecho más que perfeccionarse desde los primeros seres creados, estos zoófilos, estos seres informes que vivieron apenas hasta el hombre, su última creación, se podrá imaginar que esta criatura no es la última palabra de la creación y que después de la extinción de la raza humana, vendrán á habitar este mundo nuevos seres mucho más perfectos. Descripciones de estos seres y de sus costumbres, etc., etc.

Así, pues, seré, en el primer canto, sabio; en el segundo, filósofo; en el tercero, cantor lírico, y en todos ellos poeta.—Magnífica idea, no puede negarse, sobre todo si la ejecución responde al plan. Ignoro si ves los horizontes de este poema, pero á mí me parecen tan vastos, tan luminosos, que hasta ahora he retrocedido ante la formidable tarea de rimar mis pobres versos sobre este grandioso pensamiento.

Escribo todas mis cartas sin borrador; no debes, pues, buscar en ellas la corrección. Sin duda debo equivocarme muy á menudo, más, ¡qué diablo! Nosotros no hacemos aquí literatura; hablamos como dos buenos amigos comunicándonos, nuestros pensamientos y nuestras observaciones.—Espero tus cartas con impaciencia, que las pocas ideas por mí emitidas en esta carta, no te impidan en nada decirme francamente las tuyas. El primer lazo de la amistad, es el de confesar sin hipocresías lo que se piensa.

Chaillán te estrecha la mano. Te ruego presentes mis cumplimientos á Julio Rainaud.

Mis respetos á tus padres.  
Te estrecho la mano.  
Tu amigo,

EMILIO ZOLA.

Respecto al poema que estoy hilvanando avanza con mucha lentitud. Tengo sin acabar todavía todo el tercero y último canto. Después es probable que ataque el de *La cadena de los seres*.

Sufro demasiado desde hace algunas semanas; esto te explicará el por qué he retardado mi correspondencia.

### XIII

París, 24 de junio de 1860.

Mi querido Baille:

Releo casi todos los días esta carta donde me juzgas un amigo severo; no para encontrar argumentos que destruyan los tuyos, sino para ver si estoy lejos de esta razón que tú me niegas, para explicarme lo que entiendes por esta palabra, para juzgarte á tí mismo. No seré yo quien oculte que lo que dices es razonable; ¿por qué, pues, mi espíritu se rebela contra tí? ¿Por qué tu cordura me parece más loca que la misma locura? Voy á procurar decírtelo.—La palabra *posición* se repite infinidad de veces en tu carta, y esta palabra es la que excita más mi cólera. Estas ocho letras tienen un talante de especiero enriquecido que me ataca los nervios. Sólo con mirarlas escritas parece verlas en la boca de ciertos individuos, un advenedizo, por ejemplo; dichas letras se alargan se hinchan, ruedan; cada una parece coronada por un acento circunflejo.—Tener una posición es, si no me equivoco, hacer un comercio, no importa cuál, vivir de un empleo, bajo la dependencia de cualquiera. Al lado de esta idea quiero transcribirte algunos versos aunque los conozcas.

Jaime era grande, leal, intrépido y soberbio la rutina que hace de la vida un proverbio siempre náuseas le dió.—Feliz ó desgraciado ¿la nada hizo por ella, jamás se ha molestado; para sus dioses guarda, con bélicos ardores, la altivez y la audacia, sus hermanas mayores. Tomó tres bolsas de oro y durante tres años al sol vivió sin penas ni grandes desengaños, sin tener desconfianza de las vetustas leyes; y nunca hijo de Adán, bajo la santa y clara luz, de Oriente á Poniente, por tierra paseara tan largo menosprecio de pueblos y de reyes.

¿Qué figura más grande y bella que este Rolla? ¡Qué pequeño resulta al lado de él el hombre que corre detrás de una posición! El no busca más que una cosa: la santa Libertad, y este solo amor basta para engrandecerle. ¿Quieres que te cite la invocación que precede á *La copa y los labios*? ¿Te mostraré el tirolés sobre sus montañas, que come cuando mata? Y para contraste, ¿haré venir en seguida al comerciante que vende todo el día canela en una tienda obscura? «Pardiez, el pobre loco—te dices tú—miren cómo divaga con los poetas; pero yo, yo estoy por la realidad ¡qué diablo!»

Es verdad: basta que una cosa sea grande para que se ría y se grite sobre su imposibilidad y su poesía. El siglo es tan dado á la prosa, que los pobres poetas se esconden; se ha dicho y repetido tanto que solo se ocupan de quimeras, que ellos mismos acabaron por creerlo. Sin embargo, según mi opinión, el papel del poeta no es tal; es el de regenerador, el del hombre que se consagra al progreso de la humanidad. Lo que él expresa antes que nadie son sueños, pero sueños que deben tener su realización.

Cuando la raza humana salió de manos del Creador, vivió bajo el sol, libre y sin leyes. Sus descendientes gozaron largo tiempo de esta libertad; pueblos de ca-